

PQ 6171

.A2

B5

v. 33



BIBLIOTECA



BOSQUEJO HISTÓRICO

SOBRE

LA NOVELA ESPAÑOLA.

A MI CARO AMIGO DON AURELIANO FERNANDEZ GUERRA.

Usted me excitó á escribir la presente obrita, me estimuló con su ejemplo y me alentó con sus elogios. Acepte pues su dedicatoria, como un tributo de mi cariño y del aprecio con que miro su buen ingenio y su laboriosidad incomparable.

EUSTAQUIO FERNANDEZ DE NAVARRETE.

El hombre es naturalmente inclinado á lo maravilloso. Entre las facultades que debió al Autor de la naturaleza, fué de las mas estimables la imaginacion; ese don, que se puede llamar cuarta potencia de su alma, inventor de las artes y, en el hallazgo de las ciencias, auxiliar poderoso de su entendimiento. La imaginacion, lo mismo que este último, necesita alimentarse y nutrirse, porque el alma del hombre tiene una actividad ingénita, á que es fuerza dar empleo, y la inaccion de la imaginativa lo sume en la languidez del aburrimiento, así como la de la parte intelectual lo lleva á la barbarie. Instintivamente el sér racional acude con preferencia á las necesidades de aquella, porque es la fuente mas pura de sus placeres en la prosperidad, y en el infortunio el mas dulce manantial de sus consuelos. Si es feliz, ella aumenta su felicidad representándole con viveza todo lo que constituye su dicha; si desgraciado, ella mitiga sus penas y disgustos, y divirtiéndole de cuanto le rodea, lo traslada á regiones aéreas, donde lo embriaga en ideales goces y le da vigor y fuerzas para sobrellevar su padecer. Así todo el nutrimento que pide esta facultad amiga del hombre es grato á su paladar, mientras que los manjares que su entendimiento requiere son duros y desapacibles al gusto, por mas que aliente el corazón á la esperanza de coger los frutos sazonados y admirables, hijos de la aplicacion y del estudio.

Cuanto mas atrasado en cultura, tanto mas se aproxima el hombre al estado primitivo de la sociedad, mayor desarrollo tiene su imaginacion á costa de su entendimiento adormecido, y mayor aficion le inspira todo lo que hable á ella. Por eso quienes mas se aproximan al estado salvaje, de suyo son razonadores y cuenteros, mostrando á todo lo que sea narracion de sucesos históricos ó fabulosos una atencion suma, un afan ardiente, que en el hombre muy civilizado no se encuentran. El motivo se explica satisfactoriamente. La curiosidad es cualidad inseparable de todo sér que piensa, y tanto mas viva, cuanto mayores son las dificultades que halla para ser satisfecha. En un pueblo adelantado en cultura el ansia de saber que acompaña á nuestra naturaleza, encuentra con facilidad modos de saciarse; la esfera de las ideas se dilata y se extiende al infinito, y apenas basta para abarcarlas el humano entendimiento; hay libros que nos enseñen lo pasado y que dirijan nuestras acciones en lo porvenir; el anhelo de poseer los medios de cubrir tantas necesidades como aquel estado crea, llama la atencion de sus individuos hácia las ciencias; el estudiar los métodos de perfeccionarlas absorbe sus facultades, y el descanso reclama aquellos ratos que roban á su ejercicio. Muy al contrario sucede en un pueblo primitivo, que desconociendo las ciencias y ocupándole poco las necesidades del cuerpo, tiene libre el espíritu para atender á sus placeres intelectuales, que en él no pueden ser otros que los que le presten la narracion de sucesos que le deleitan é instruyen. Los ancianos hacen gran papel en un pueblo de esta manera constituido. No facilitando mas enseñanza que la que da la experiencia, aquel que mas vive, si tiene el don de observacion, es el que mas sabe, porque es el que ha visto mas; no habiendo otros modos de transmitir los sucesos que la tradi-

cion oral, el que cuenta mas dias es el que conoce mas largo período de la historia de los que le precedieron; á él pues está encomendado hablar de los hechos de sus mayores, celebrar las virtudes de los hombres gloriosos que honraron la patria, que la fundaron, la extendieron ó la libertaron de yacer esclava de los enemigos. Los ancianos hacen la vez de libros; son anales históricos de su pueblo, archivos del saber y de la prudencia de sus mayores. Los jóvenes los reverencian con un respeto supersticioso, y están pendientes de sus labios cuando despues de las faenas del dia se sientan en el hogar doméstico á escuchar sus lecciones.

Pero la tradicion oral es poco exacta, y la memoria de los viejos poco fiel. Desfigurábanse pues los hechos mas ciertos con circunstancias que adquirian al pasar de boca en boca: quién de buena fe los trabucaba; quién, dejándose llevar de su entusiasmo y fantasia, adornábalos con pormenores de su invencion; quiénes, en fin, engreidos por la atencion con que eran escuchados, preferian crear lo que no sabian á confesar su ignorancia ante aquellos á quienes habian visto en la cuna. Los hechos históricos verdaderos en el fondo llegaron á ser fabulosos en todo lo demás; y de aquí nació el cuento, padre legítimo de la novela. Todos los pueblos que conocemos han pasado por esta primera faz de su existencia, de donde dimanar la multitud de fábulas que oscurecen sus orígenes: fábulas sencillas las mas de ellas y llenas de encantos, que si no refieren su historia, nos pintan al menos sus ideas y sentimientos. Sin salir de nuestra nacion, cojamos por un momento la *Crónica* compilada por don Alonso el Sabio: ¿quién podrá leer sin un placer indefinible la historia de Bernardo del Carpio, la del conde Fernan Gonzalez, la de los siete Infantes de Lara, y otras por el estilo, que la sana crítica destierra al campo de la novela, pero sin que pueda decir hasta qué punto sea verdad lo que en sus narraciones se cuenta y desde dónde empieza la exageracion y la mentira? Porque es bien cierto que el pueblo no creó estos hechos, no hizo mas que revestirlos con el rico y variado manto de la fábula.

Mas para disfrazar de esta manera la historia, ninguno de los pueblos conocidos ha igualado á los orientales. Fáciles y comunicativos como ellos solos, todo lo vieron al través de una imaginacion viva y esplendorosa al par del sol que los alumbraba. Cuando hablamos de orientales, deben entenderse por este nombre los egipcios, los árabes, los persas, los indios y los asirios. En sus felices climas tuvo su cuna el mundo, y su origen la fábula. Por un lado, la viveza de fantasia de aquellas gentes no les permitía ver los hechos tales como eran, sino mas grandiosos, y la facilidad de la hipérbole en sus expresivos idiomas llegaba á desfigurarlos; por otro, el deseo de enseñar al pueblo rudo con imágenes sensibles las ideas abstractas, les hizo componer alegorias, cuyo significado se fué perdiendo con el tiempo hasta el punto de que, desconociéndose el sentido alegórico que encerraban, se tomaron como sencillas historias; y de aquí nació la mitología pagana: coleccion de fábulas ingeniosas que prueban la necesidad que en todos tiempos ha tenido el pueblo de alimentarse de ellas, si por otra parte manifiestan las aberraciones del entendimiento humano. La florida imaginacion de los orientales desde luego les dió gracia infinita para la composicion de cuentos; mas diremos: así como los griegos supusieron que todo lo que tocaba el rey Midas se convertía en oro, de aquellas gentes pudo decirse con mas verdad que todo cuanto llegaba á sus manos se convertía en cuento. Apenas es creíble su fecundidad para inventar, y lo ingenioso de sus ficciones. Su teología, su filosofía, su política y hasta su moral, todo lo explicaron por medio de fábulas y de parábolas. Los jeroglíficos de los egipcios indican hasta qué extremo era esta nacion amiga de envolverlo todo en simbolos y ficciones misteriosas. En ella la religion estaba disfrazada por medio de imágenes palpables, y á los profanos solo se enseñaba bajo el velo de multitud de fábulas; velo que no se levantaba sino para aquellos á quienes se juzgaba dignos de ser iniciados en sus misterios.

Fijado este principio, no entraremos en mas pormenores sobre estos pueblos remotísimos, porque francamente confesamos ignorar su literatura; pero en manos de todos los cristianos andan los libros de los hebreos, que fueron sus discípulos, y por las bellezas puramente literarias que en ellos se encuentran podemos juzgar lo que serian los de sus maestros, sin que se tome á profanacion que acudamos al texto sagrado por comprobantes de nuestros asertos. ¿Dónde se hallará una novela de mas interés, narrada con mas deliciosa naturalidad, llena de mas patéticas peripecias que la preciosa y verdadera historia de José, emblema de la envidia de los hermanos, sublime modelo del perdón de las injurias y tierno retrato de lo que puede la fuerza de la sangre (1)? Dónde un idilio mas

(1) El crítico Laharpe dice, en su *Curso de literatura*, que la historia de José ha obtenido tanto éxito en oriente en todas épocas, que se halla repetida en los cuentos de

los árabes, bien, añade, que de una manera inferior á la leccion hebrea. El escritor francés Bitaubé la tomó á fines del siglo pasado para asunto de un poema, pero no

moral y mas simpático que el de la espigadera Ruth, amable dechado de abnegacion femenil? Reboban los sagrados libros en estos ejemplos de narraciones escritas con un candor que arrebatara y con un interés que la imaginacion mas lozana apenas ha sabido dar á la mas bien ideada ficcion. ¿Cuál pues no seria el encanto que darian á la ficcion los que sabian adornar la verdad con tan hermosos atavíos?

La fábula, que en sus principios no fué sino la historia desfigurada por la tradicion, ó la verdad disfrazada bajo el velo de la alegoria para hacer palpables á pueblos materiales las ideas abstractas, presentóse luego á cara descubierta, habiendo visto los hombres prudentes y observadores cuán útil podia ser para la enseñanza, pues al profundizar en el corazon humano advirtieron que nuestra flaca naturaleza se ofende de la correccion directa y odia la avidez de los preceptos. Compusieron desde entonces de propósito cuentos con el objeto de imbuir á los hombres, con el atractivo de la ficcion, en las sanas máximas de la moral y encaminar su vida por la derecha senda del bien, persuadidos los autores de que mas que un precepto aislado enseña el ejemplo de una persona, á quien su conducta arreglada hace feliz, ó que, por el contrario, por el olvido de lo razonable y de lo justo se ve sumergida en un mar de miserias y amarguras. Tratándole como niño irreflexivo (¿y qué otra cosa es el vulgo?), bañáronle de miel el borde del vaso para que no sintiese el amargor de la medicina; y de este principio nacieron el apólogo y la parábola. Por el primero, dando habla á los animales y hasta á las plantas, y revistiéndolos de las pasiones humanas, se trató de enseñar la moral á los hombres con una leccion indirecta, guardando tantas consideraciones á su amor propio, que ni se quiso que perteneciesen á su especie los actores de estos pequeños dramas. Esopo se distinguió en semejante género, que no desecharon tampoco los sagrados libros, por ser muy comun en el Oriente. La parábola se acerca mas á la novela, porque sus actores son hombres y puede muy bien suceder lo que en ella se pinta. El divino Fundador del cristianismo no despreció este medio de enseñanza, tan análogo á nuestras propensiones, en las parábolas del Labrador, del Hijo pródigo, del Rico avariento y de las Virgenes necias. Y no debe extrañarnos que Jesus descendiera así hasta acomodarse al gusto de las gentes con quienes vivía; porque á persuadir el entendimiento de los pueblos que habitan bajo los vivaces rayos del sol del oriente ó del mediodía, el mas seguro camino es cautivar su imaginacion. Para ellos es de comprension fácil cuanto se les quiere dar á entender con el lenguaje figurado, puesto que su índole hiperbólica los conduce á explicarse siempre por medio de metáforas y alegorias, y les presenta poco expresivos los recursos vulgares de los idiomas. Los hombres nacidos en menos ardientes climas llaman á esto exageracion y mal gusto, aunque ignoramos la razon. Cada pueblo tiene sus ideas, sus costumbres y su organizacion especial; y no hay causa que autorice á decir que sea de mal gusto tener presentes estas circunstancias para dirigirse á él, aspirando á cautivar su atencion para subyugar su entendimiento.

En estos pueblos la ficcion es una planta indígena que brota espontáneamente del terreno; y el sabio Huet (1) observa que allí vieron la luz casi todos los grandes novelistas que ha habido antes de los tiempos modernos. Clearco, que escribió libros de amor, nació en Cilicia, provincia vecina á la Siria; Jamblico era hijo de padres sirios, y fué educado en Babilonia; Heliodoro, natural de Emeso, ciudad de la Fenicia; Luciano, natural de Samosate, capital de una provincia de Siria; Aquiles Tacio, de Alejandria de Egipto; san Juan Damasceno, tambien autor de historias fabulosas, fué llamado así por ser hijo de la capital de la Siria; Damascio tuvo su cuna en el mismo pueblo; de los tres Jenofontes, novelistas, de que habla Suidas, el uno nació en Antioquia de Siria, y otro en Chipre; Amelio era tambien asirio: de suerte, añade, que todo este país merece ser llamado el país de las fábulas, mejor que la Grecia, adonde fueron trasplantadas, si bien encontraron en ella tan buen terreno, que fructificaron maravillosamente. Pero en los tiempos remotos de que hablamos, todavía las ficciones no tenían el artificio que estos y otros autores les dieron; nada nace gigante. Al principio los cuentos, destinados á grabarse en la memoria y que no se fiaban á la escritura, tenían que ser breves y sencillos, sin la trama vasta y complicada que forma el plan de las modernas novelas.

En pos de los hebreos vinieron los griegos, discípulos tambien en su filosofía y literatura, lo mismo que en sus artes, de los egipcios é indios, y discípulos que en cosas muy esenciales se aproximaron mucho mas á sus maestros que los primeros. Los hebreos, aunque adoptaron su modo de escribir y

supo trasladar el hechizo del candor y de la naturalidad que quilatan la relacion primitiva.

rue Saint-Jacques, au colonnes d'Hercules, MDCXXI; página 14.

(1) *Traité de l'origine des romans*, à Paris chez Mariette,

gran parte de sus conocimientos, como conservasen pura la creencia de un solo Dios, desecharon sus mitos supersticiosos, mientras los griegos bebieron en sus fuentes el sistema completo de un gobierno político y religioso. Nutridos en los principios de la cultura oriental, fueron tan aficionados á fábulas, que puede decirse que estas formaron parte muy principal de la suya. Dicese que Homero habiendo visitado el Egipto, trajo de este país aquel espíritu fantástico que le dictó sus poemas admirables, y mil ideas nuevas sobre la jerarquía genealógica y empleos de las deidades griegas. Herodoto cuenta que los griegos tomaron de los egipcios su teología mitológica, y refiere algunos cuentos que él mismo había aprendido de sus sacerdotes, á que, á pesar de su credulidad, no presta asenso; cuentos, sin embargo, que por inverosímiles que fuesen, no dejaban de ser agradables y de inflamar el genio novelero de los griegos. Y en fin, de aquellos mismos sacerdotes aprendieron Pitágoras y Platon á disfrazar su filosofía y á ocultarla bajo la sombra del misterio.

Mas aunque fuese probable que Homero visitase el Egipto con el fin de perfeccionar su educación, y que de allí viniese con su lozana fantasía llena de nuevas ideas y conocimientos, es evidente que sobre los griegos había ya ejercido influjo la civilización oriental mucho tiempo antes del nacimiento del gran poeta, y que formaban parte de los venerados orígenes de su historia las fábulas que él cantó. Cien años antes, cuando menos, había sucedido la guerra de Troya, y este acaecimiento y los personajes que en él tomaron parte eran objeto de novelescas tradiciones que de boca en boca circulaban. Cada ciudad, cada pequeña república de las que componían el territorio griego tenía las suyas. El atraso de la navegación, no permitiendo á sus habitantes alargarse á grandes distancias en el mar, ni examinar por lo tanto islas y continentes á que alcanzaba su vista, dió pábulo á su imaginación robusta para convertir estos países desconocidos en teatro de encantamientos y prodigios (1). Acá vivía una ninfa á quien los dioses habían otorgado la inmortalidad; allá una encantadora, hija del sol, que con su vara mágica convertía los hombres en sucios animales, á quienes gobernaba en pías; acullá un rey bondadoso, que vivía como un venerable patriarca cultivando hermosos jardines; y en otra parte monstruos horribles y deformes, que, alimentándose de carne humana, servían de oficiales á Vulcano en fraguas subterráneas de la isla de Lemnos. Es un error vulgar creer que Homero inventó estas fábulas; el poeta no hizo mas que apoderarse de ellas, formando con su contexto un todo, que inmortalizó en su divino estilo. Había hecho viajes, grandes para aquel tiempo, visitando á Egipto y recorriendo las costas del Mediterráneo; y en tales correrías adquirió la noticia de todas estas tradiciones y consejas, que su ancianidad no quiso dejar ignoradas á sus conciudadanos. Así pues, con la complacencia con que todo anciano se entrega á hacer largas relaciones á los jóvenes de lo que aprendió en sus buenos tiempos, escribió la *Odisea*, poema encantador, que sin el fuego y fuerza de imaginación de la *Iliada*, aventaja á este, en opinión de algunos (2); y ciertamente no sin visos de razón, pues sin ser tan sorprendente, es mas simpático, retratando en sus relatos la dulce expresión del alma noble y tranquila de un anciano de aquellos remotos tiempos (3). Inspirado estuvo el que comparó la *Odisea* con el anochecer de un

(1) El acontecimiento mas memorable de los antiguos griegos fué la expedición de los argonautas; y oigamos lo que dice Bailli en su *Essai sur les fables*, t. II, cap. 15. «Sin embargo de la fama de esta expedición, no se trataba mas que de atravesar el Ponto Euxino, ahora mar Negro, y de seguir costas para llegar á la Colchida por una travesía de cuatrocientas á quinientas leguas, navegación que los turcos y los rusos hacen ahora todos los dias; pero relativamente al tiempo y á los medios, era una gran empresa. La navegación era un arte nuevo que los griegos tomaban de los fenicios, etc.»

(2) El autor del *Telémaco* era uno de ellos.

(3) En la diferencia esencial del carácter de estos dos poemas se fundan principalmente los que creen en la existencia de mas de un Homero. Si no se halla imaginación tan ferviente como en la *Iliada*, hállase en cambio en la *Odisea* mas saber y mas arte. Diez años hacia que Ulises había dejado los muros de Hion, y sus bienes en Itaca habían en tanto caído en manos de injustos malversadores, que no contentos con malrocharlos á porfía, querían obligar á su desconsolada esposa á contraer nuevo enlace y á hacer una elección, á que no podía oponerse sin exposición de los mas crueles tratamientos. Este es el momento en

que se abre la acción. Ulises, mientras su hijo Telémaco le busca en Lacedemonia, parte de la isla de Calipso, y despues de penosa navegación, es arrojado por una borrasca á la de los Feacios, contigua á Itaca. Minerva le libra del naufragio y de una muerte cierta, y le hace abordar cerca de un río, que le ofrece seguro asilo en sus orillas; permitiendo se quede dormido entre sus cañaveras, hasta que el alegre bullicio de una tropa de jóvenes doncellas que hacia allí venia lo despertó; y él, dirigiéndose á ellas, habló á la mas bella y noble pidiéndole algun socorro. Era Nausicaa, hija de Alcinoos, rey de aquella isla. ¿Qué personaje tan angelical es el de esta joven, y cuán puras y doradas las costumbres que en todo este episodio se describen! La hija del Rey venia á lavar en las cristalinas aguas del río los blancos velos y vestidos destinados á sus bodas, y feliz, compadece la desgracia. Recibe cariñosa al pobre náufrago, consolándole con bondad sin conocerle, y llama á sus compañeras, que tímidas se habían dispersado al imprevisto aspecto del suplicante, increpando dulcemente su fuga y mandando le den todos los auxilios de una afectuosa hospitalidad. Dicen que el inmortal cantor, viejo y ciego, mendigaba su pan por las nacientes ciudades de la Grecia; y bien pudo ser Nau-

hermoso día; tiene toda su calma y magnificencia este libro. Fundándose en los trabajos y peregrinaciones de un hombre y en las virtudes domésticas de su esposa, que por espacio de cerca de veinte años se conserva firme como una roca á los embates de la seducción, tiene mas puntos de contacto con la novela que con el poema épico, segun la idea que nos hacen concebir de este último los clásicos en sus reglas. No dudaremos pues en dar á Homero el título de padre de la novela tal cual al presente se escribe; digásenos, si no, ¿en qué se diferencia el argumento, plan y contextura de la *Odisea* de los de una novela moderna, como por ejemplo *Persiles y Sigismunda*, y si se quiere otro mas reciente, como el *Conde de Monte-Cristo*, sino en ser mas interesante que la primera y en proponerse un fin moral de que carece la segunda?

El pueblo griego fué de los antiguos el que conoció mejor la índole de la belleza artística; y todo lo que tomó de sus maestros se mejoró y perfeccionó entre sus manos. Homero especialmente debió al cielo el don precioso de un singular estilo; y ha cerca de tres mil años que cuantos se dedican á las letras le respetan en este punto como acabado modelo. La reflexión que hombres de un talento teórico y especulativo hicieron sobre sus obras creó el arte poética.

Empeñados los preceptistas griegos en clasificarlo y reglamentarlo todo, hasta el mundo ideal de las ficciones, dividieron las fábulas, segun los asuntos, en mitológicas, épicas, apólogas y milecias. Las primeras versan sobre los dioses; las segundas tienen por objeto á los héroes; las terceras moralizan por medio de los irracionales; y las últimas son fábulas de amor, no proponiéndose sino el deleite por medio de lances amorosos y escenas de la vida privada: luego expondremos el motivo por qué tomaron aquel nombre.

Sobre las fábulas mitológicas hace siglos que Dionisio Halicarnáseo, uno de los mejores críticos de la antigüedad, habló con el mayor juicio; manifestando comprender perfectamente su verdadera naturaleza. «Nadie sospeche, dice en el segundo libro de las *Antigüedades romanas*, que yo ignoro que son muy útiles á los hombres algunas fábulas griegas que, ó señalan las obras de la naturaleza por medio de la alegoría, ó han sido inventadas para consuelo de los acaecimientos humanos, ó quitan de los ánimos las perturbaciones y los terrores y las locas opiniones, ó han sido fingidas para alguna otra utilidad; en verdad que conozco estas cosas como cualquier otro. Pero las omito con cautela escrupulosa; y mas apruebo la teología romana, pensando que en las fábulas de los griegos hay poco bueno, y que no aprovechan á muchos, sino á los que con cuidadoso exámen han conocido el blanco de ellas, cuya inteligencia han tenido pocos.» Los griegos, dando á sus dioses las mismas pasiones y los mismos vicios que á los hombres, los tomaron como protagonistas de novelas, que no merecen otro nombre las historias que de ellos se forjaron, historias lúbricas y sensuales, como el país en que se les dió vida. Los amores, las desgracias, los triunfos y las vicisitudes por que pasaban estas divinidades formaban el principal alimento que aquel pueblo novelero daba á su imaginación; y por eso al bosquejar la historia de la novela no se puede menos de fijar un rato la atención en su mitología.

sica el recuerdo de algun ángel de juventud y de gracia que le socorrió á él mismo, y cuya conducta quiso eternizar agradecido en esta suavísima pintura. La descripción del palacio de Alcinoos, aunque buena, no excede á otras del mismo género que hay en la *Iliada*; las bellezas inimitables de la *Odisea* son de otro género. En un tiempo en que la comunicación del comercio no había establecido relaciones entre los diferentes pueblos de la tierra, todos se reunían en torno de un extranjero para oír la relación de sus aventuras. Ulises, con el placer natural en el hombre de verse objeto de la curiosidad general, satisface la de sus huéspedes y lisonjea su gusto hacia los cuentos maravillosos, narrándoles los prodigios que ha visto y los males que ha sufrido en sus largos viajes. Con el auxilio de Alcinoos retorna á Itaca; halla á Eumeo, el noble dechado del buen servidor, que se le lamenta sin conocerle, y que llorando á su dueño, engorrala los cerdos de este para ajeno regalo. Eumeo espanta los perros que querían morder al extranjero; cuadro de una deliciosa naturalidad que nos hace recordar que tal vez el mismo Homero oyó ladrar contra sus andrajos al perro del rico. El servidor reconoce á Ulises, y este se da á conocer de su hijo Telémaco, que viene á la cabaña del honrado porqueri-

zo; despues de lo cual preparan entre sí los medios de castigar á los osados amantes, sus enemigos. Ulises entra en la ciudad disfrazado con los harapos de un mendigo, y nadie en tan humilde traje reconoce al augusto Rey que despues de veinte años de ausencia vuelve á su casa; solo su fiel perro lo reconocerá. Argos, el fiel Argos estaba allí echado al lado, levanta la cabeza y escucha; conoce á su antiguo amo, y muere de placer á sus pies. Sin dudar puede afirmarse que la *Iliada* no tiene ningun trozo que pueda compararse á este pasaje, sublime por la poesía, por la verdad de los pormenores familiares y por la tierna sencillez de la expresión. Homero lloró quizá mas de una vez al escribir estas líneas, pensando en algun otro Argos, fiel compañero de su vida, que murió sirviéndole, víctima de la vejez ó del hambre y de la fatiga. Ulises, admitido en su casa por compasión como mendigo, ve la conducta de su esposa y oye sus súplicas á Diana. ¿Cómo debía palpar entonces su corazón! Llega el día de la venganza, y el combate con los desalmados amantes recuerda todo el fuego de la *Iliada*. Si hubo dos Homeros, la Grecia produjo dos hombres eminentísimos, que no ha producido ningun otro país; pero la naturaleza no repite estas obras superiores de su poder.

Mas estas fábulas estaban ligadas con su religion; y no bastando solas al público entretenimiento, se introdujeron luego las fábulas milesias, que, tomando por asunto sucesos puramente humanos, deben considerarse como la verdadera novela de los antiguos. Todavía los griegos no se habian aficionado á otras que las mitológicas cuando los jonios, habitantes del Asia menor, llegando al colmo del poder y de la riqueza, vivian entregados á todos los placeres del lujo y de la molicie. Conquistólos Ciro, y toda el Asia menor cayó, á la vez que ellos, en poder de los persas; los cuales, al prescribirles sus leyes é inspirarles sus costumbres, aumentaron en aquel pueblo, tan inclinado á materiales deleites, los medios de hacer con nuevos refinamientos del lujo mas muelle y delicada su vida. Asi los jonios cobraron fama de ser los hombres mas voluptuosos del mundo. Inventaron nuevos condimentos para su gula, coronábanse de flores en los festines, perfumaban las mesas, vestianse de las mas preciosas telas, la lana era vil para tocar sus miembros, y no tratando sino de halagar sus sentidos, á ello subordinaron hasta los trabajos de su cultura intelectual. Habiendo aprendido de los persas el arte de componer cuentos de pasatiempo y recreo, hicieronlos llenos de pinturas disolutas y obscenas, tratando de animar la languidez de su molicie con el ardiente fuego de la lascivia. De todos los jonios, eran los milesianos mas voluptuosos y de mas delicado ingenio; y como por lo mismo se distinguiesen mas en tales composiciones, de ellos estas fábulas se llamaron milesias. Mayans dice que inventadas para dorar los vicios con la sofisteria y elegancia de estilo, hay de ellas millares de ejemplares, que todos sobran; pero si tan erudito escritor no habló metafóricamente, en verdad que no debió referirse á las primitivas, puesto que el tiempo las ha consumido todas. Lo único tal vez que ha llegado á nosotros es que un tal Aristides escribió muchos libros de ellas, y fué el mas célebre de los novelistas de Mileto.

Los jonios, descendientes de colonias salidas del Peloponeso y del Atica, sostenian gran comercio con los pueblos de Grecia; y unos y otros se enviaban reciprocamente sus hijos para adquirir unos de otros los usos y costumbres. Esta comunicacion continua aficionó á los griegos á las fábulas jonias, que, como sutil veneno, corrompieron sus costumbres por las cuales habian conservado su independecia con heroicidad prodigiosa, y los dispusieron á ser avasallados. Los pueblos que congenian se buscan y hacen relaciones entre sí lo mismo que los individuos. Sibaris, ciudad de Italia, cuya voluptuosidad ha quedado en proverbio, teniendo por la fama noticia de Mileto, trabó comunicacion con ella para mejor emular su lujo y sus placeres, y esta conformidad de gustos formó entre los dos un lazo tan estrecho, que Herodoto afirma no haber habido en el mundo dos pueblos mas íntimamente unidos. Por medio de los sibaritas se introdujo en el occidente el conocimiento de las fábulas milesias.

Desde que á ellas se aficionaron los griegos no dejaron de practicar el arte de novelar, segun se ve en los extractos de obras que hizo Focio en su *Biblioteca*. Los primeros novelistas que se encuentran en Grecia son del tiempo de Alejandro Magno, en que escribió Clearco. Dejarémos de hablar de ellos y pasaremos á decir dos palabras de Luciano, que vivió en tiempo de los Antoninos, escritor moralizador é ingenioso, cuyas obras fueron uno de los arsenales adonde acudia por armas que esgrimir contra los abusos y vicios nuestro célebre don Francisco de Quevedo. Habiendo Lucio de Patras escrito, lleno de credulidad y de buena fe, una coleccion de metamorfosis de hombres debidas á la magia, Luciano, con espíritu satírico, las hizo suyas, y escribió el libro de sus *Transformaciones del asno*, extractando cómicamente los dos primeros libros de Lucio. Además escribió la agradable parábola del Juicio de las vocales, cuyo argumento creen algunos debido á la invencion de algun judío mas antiguo; y dos libros de historias grotescas y ridículas, que él da por tales, protestando que nunca han sucedido ni pueden suceder. Las obras que han quedado de Luciano aun son leídas, porque es escritor notable.

Todavía despues que la Grecia abandonó sus dioses por las puras verdades del cristianismo, floreció la novela en su literatura. Bajo el amparo de la luz evangélica nació Heliodoro, contemporáneo del gran Teodosio y de sus hijos Arcadio y Honorio, que algunos creen sea el mismo Heliodoro á quien san Jerónimo dirigió varias de sus cartas; lo cual es tan difícil de probarse como que los que lo niegan expliquen la causa de su negativa. Este peregrino ingenio escribió las *Aventuras de Teágenes y Cariclea*, libro el mas bien entendido y mejor acabado que hasta entonces se habia visto en el arte romancesco. Heliodoro sobrepujó á todos sus predecesores (desde Antonio Diógenes, que habiendo vivido en la época de Alejandro es el primer novelista arreglado de que hay noticia, hasta Jamblico, autor de las *Babilónicas*) tanto en la disposicion del argumento como en todo lo demás; sin embargo de que vencer á este último no era empresa vulgar, pues superior tambien

á los que le habian precedido, supo arreglar una accion y revestirla de los ornatos que le son propios, sin mas episodios que los convenientes y observando exactamente la verosimilitud (1). Dicese que el mérito de la ficcion de *Teágenes y Cariclea* valió á Heliodoro el ser elevado á la dignidad de obispo; si esto es así, nada prueba mas lo frívolo del carácter de los griegos, al mismo tiempo que su aprecio á semejante género de escritos. En cambio cuenta Nicéforo, escritor crédulo de poco juicio y fidelidad, que en un sinodo provincial, haciéndose notar el peligro á que la lectura de esta novela, autorizada por la dignidad de su autor, exponía á la juventud, se decretó su prohibicion; y habiendo puesto al autor en la alternativa de quemar su obra ó renunciar al obispado, optó por este último extremo. Fábulas deben de ser estas á que dió origen el famoso renombre que con ella hubo de granjearse Heliodoro, muy propias de la exageracion griega; pues es tan poco natural que la composicion de un libro de esparcimiento se premiase con el grave cargo de un obispado, como que ningun sinodo se escandalizase de la circulacion de obra tan honesta y moral hasta el punto de exigir que pereciese entre las llamas. Los que opinaron lo primero han hecho de una mera coincidencia causa y efecto, porque en realidad el autor fué obispo de Tricca, ciudad de Tesalia, y de tan severas costumbres, que un historiador cuenta que fué el primero que introdujo la de desposeer á los eclesiásticos que no se abstendian de las mujeres con quienes habian casado antes de pertenecer al clero. Los que asentaron lo segundo no fijaron la atencion en la pureza que existe en todo el contexto de la novela, que pudo sin escrúpulo escribirla un hombre revestido con el mas alto carácter del sacerdocio.

Nada es tan cierto como que los libros de entretenimiento son el mas claro espejo de las costumbres y sentimientos del que los escribe y del pueblo á quien se dedican. Pueblos relajados como los de Mileto y Sibaris no podian tener otros que los que daban pábulo á sus obscenidades y libertinaje; pueblos que profesaban una religion que es toda pureza, necesitaban distinto género de libros. En *Teágenes y Cariclea* descúbrese el benéfico influjo del cristianismo en la reformacion de costumbres. Los amores de los protagonistas son castísimos, cual nunca los concibió la antigüedad pagana, y este afecto se halla libre de la levadura de malas pasiones con que se encuentra mezclado en las ficciones gentílicas, en lo cual, como en todo, lleva Heliodoro gran ventaja á los novelistas que le precedieron. Pasando de la parte moral á la literaria, muestra en su fábula una invencion fértil y fácil. Las aventuras son frecuentes, nuevas y verosímiles, sin que se precipiten, ni unas con otras se confundan. El desenlace siempre se ha tenido por admirable: nace del asunto, es natural, y sobre toda expresion tierno y patético. Al horror del sacrificio en que debian ser inmolados Teágenes y Cariclea, cuya belleza y mérito á todo el mundo enternecia, sigue el placer de ver á esta jóven salir del peligro á causa del reconocimiento de sus padres, y acaba su larga cadena de desdichas desposándose con su amante, á quien lleva en dote la corona de Etiopia. Seria de desear que el autor que tan bien ha sabido desatar el enredo de su novela sin acudir á medios sobrenaturales, de ellos hubiese prescindido en todo el curso de la obra, en que muchas veces por mera gala le emplea; bien que no sabemos si del mismo gusto eran los lectores que le rodeaban. Celebran los griegos la belleza del estilo de Heliodoro; á los modernos ha parecido muy afectado, y figurado y poético en demasia; y es de creer que si resucitasen los criticos del tiempo de Pericles, en que el lenguaje griego se recomendaba por su sencillez y energía (cualidades que por serle características han pasado á la posteridad con el nombre de *aticismo*), hubieran opinado lo propio. Sin embargo, á la literatura en épocas de decadencia le sucede lo que á una dama en el periodo descendente de su belleza: piensa por medio de galas y de afeites competir con la natural hermosura de sus buenos tiempos, disimulando á los ojos perspicaces entre cintas y flores las canas y arrugas, sin advertir que abruman y no hermosean los adornos demasados. Piérdese Heliodoro en interminables descripciones, imaginando hacer ostentacion de sus talentos retóricos: tal era la moda de los ingenios griegos de aquella época, es decir, desde el reinado de los Antoninos, en que comenzó á decaer el buen gusto, hasta la total ruina del imperio.

De Heliodoro hemos hablado con alguna detencion, porque cualquiera que sea el mérito de su fábula, sirvió de modelo á todos los novelistas que en su patria le sucedieron, no faltando quien le considere como el manantial en que bebieron todos ellos, de la propia manera que fué Homero la

(1) Los siglos han respetado esta obra, de la cual se halla un códice en la biblioteca de Florencia. El obispo de Avranches monsieur Huet dice que habia tambien uno en

el Escorial, pero que en su tiempo ya no existia: desde antiguo ha habido abandono en la custodia de esta célebre biblioteca.